

Y la ilusión permite contemplar cómo al extremo de un oscuro cobertizo, angosto y alargado, se bosqueja la silueta de dos personas vestidas á la usanza de pasados siglos.

Se les oye hablar; discuten apasionadamente, con f6 de poseídos, de artísticos hoy arcaicos. Sus pisadas son huecas, sonoras y resonantes, agrandadas por el silencio invasor; sus trajes, negros, coronados á la altura del cuello de grandes rizadas golas blancas; las empuñaduras de sus espadas, pendientes del cinto, refulgen al rielar en ellas la luna.

Las dos siluetas avanzan y se aproximan; las figuras ya se destacan precisas, concretas; sus palabras se perciben netamente. La conversación que les anima gira en torno á venerados nombres. Hablan del Cardenal Tavera, del Conde de Orgáz, de Covarrubias, de sí mismos, de sus proyectos, de su actividad creadora siempre despierta...

Una voz suena solemne, pausadamente, con una frialdad que parece contagiada de la del mármol inerte que ha animado y vivificado en sepuleros, en portadas, en estatuas yacentes. La otra voz responde insinuante, invasora, apasionada; sale de un rostro alargado, enjuto y cenec6o que destaca unos ojos tristes, brillantes y fosf6ricos.

Las dos personas avanzan, avanzan dialogando y pasan al lado del ilusionista que cautelosamente va en pos de ella, despierta la vista, el oído atento. Cruzan una, cruzan dos calles empinadas, angostas, serpenteantes. Hânse detenido en una esquina; hânse estrechado las manos afectuosamente:

—Dios os guarde, maese Domingo—ha dicho la voz pausada, fría y solemne.

—La paz de Dios os acompaño, maese Alonso—ha respondido la voz insinuante, apasionada é invasora.

Han partido en opuestas direcciones.

El alma del gran Domenikos Theotokopoulos, el pintor de los espíritus atormentados, así como la de Alonso Berruguete, el escultor de los espíritus beatíficos, han dejado á su paso por la ciudad toledana una

ostola que subsiste íntegra en los albores del vigésimo siglo.

Y el ilusionista ha codiciado la fe despierta, la alta idealidad y el misticismo triunfante, estas tres potencias que han informado las grandes creaciones artísticas de una época ya fenecida, y ha maldecido de nuestra civilización con su escepticismo, con su materialismo y con su realismo, ahogadores de bellas mentiras y faltos de capacidad genérica para crear otras nuevas que mantengan la ilusión y hagan apetecible el vivir.

José SUBIRÁ

FANTASÍA MORISCA

Odalisca de ojos negros,
tentadores,
exquisita bayadera,
emperatriz de cantores;
en los gozos sonriente
y en los duelos planidera;
luz viviente
del harem de tu se6or:
prisionero estoy de amor.

Los arpegios de tu guzla,
que han volado
en las alas de los vientos,
mi oído de enamorado,
que es oído que oye todo,
hirieron con sus acentos
de tal modo,
que aun parece repetir
la canción que llegó á oír.

Canción de dulces nostalgias
é ilusiones
con vagidos de cautiva
y plegarias de santones.
¡Dulce canción cadenciosa!
Cual de tus labios furtiva,
es hermosa.
Odalisca —aparición;
yo no olvido tu canción.

¿No te acuerdas? Fué una noche,
noche bella,
noche tranquila de estío.
El cielo, todo una estrella,
el mar, un bloque de espuma.